

PRÓLOGO. RAZÓN BIOGRÁFICA DEL SIGLO XX

Puesto que, de acuerdo con Dilthey y Ortega, el hombre es un ser biográfico –que no tiene naturaleza sino que solo tiene historia (Ortega)–, la biografía como objeto histórico constituye una forma de explicación necesaria al conocimiento de la historia. El mismo Ortega escribió semblanzas, siluetas –breves, certeras– de Mirabeau, Goethe, Vives, Velázquez (donde definió la vida como azar, circunstancia y vocación) y Goya; Marañón escribió, a su vez, biografías de Enrique IV, Amiel, el conde-duque de Olivares, Tiberio, Luis Vives, Antonio Pérez, Cajal y Feijoo; Sartre elaboró ensayos de “psicoanálisis existencial” de Baudelaire, Mallarmé, Genet, Tintoretto y Flaubert.

Género complejo y difícil, porque conocer plenamente la vida de alguien o penetrar en el fondo moral de su personalidad no siempre es posible, la biografía (individual o colectiva; larga o breve; política, literaria, social...) es, por lo dicho, territorio imprescindible para el historiador y, por su función didáctica, por lo que enseña sobre la condición humana, para el lector. Los ensayos biográficos que aquí se recogen –un total de treinta biografías– aspiran así a explicar, de forma fragmentada, la historia del siglo xx o, por lo menos, a plantear y entender perspectivas fundamentales del mismo: el poder del pensamiento y las ideas, el valor de la personalidad y el liderazgo en la historia, las circunstancias (muchas de ellas) políticas, intelectuales y sociales del siglo, las distintas estructuras y formas de la vida pública, la pluralidad y complejidad de la vida histórica, la creciente globalización del orden mundial (de ahí, por ejemplo, los ensayos sobre Zapata, Gandhi, Mao, Ben-Gurión, Nasser, Guevara y Mandela).

“podemos reducir los componentes de toda vida humana a tres grandes factores: vocación, circunstancia y azar. Escribir la biografía de un hombre es acertar a poner en ecuación esos tres valores”

Ortega y Gasset, *Papeles sobre Velázquez y Goya*, 1950

Desde la historiografía grecorromana, el género biográfico tuvo, como sin duda nadie desconoce, larga tradición, y especialmente así en la historiografía anglosajona. Thomas Carlyle escribió ya en 1830, en su ensayo “Sobre la Historia”, que la historia es “la esencia de innumerables biografías” (porque, decía, la vida social es el agregado de las vidas individuales que integran la sociedad). El interés biográfico británico produjo pronto, en cualquier caso, manifestaciones señeras: la *Vida de Samuel Johnson* (1791) de James Boswell, uno de los grandes libros de toda la literatura inglesa; el *Diccionario de Biografía Nacional*, del que solo entre 1885, año de su aparición, y 1890 se publicaron, bajo la dirección de Leslie Stephen (el padre de Virginia Woolf), veintiséis volúmenes (que con el tiempo llegarían a sesenta y tres); o el pequeño libro de Lytton Strachey *Victorians eminentes* (1918) –cuatro refinadísimas y maliciosas biografías: del cardenal Manning, de Florence Nightingale, del educador Thomas Arnold y del general Gordon–, libro siempre estimadísimo, que introdujo en la biografía británica el análisis del biografiado, cualquiera que este fuese, como un sujeto de pasiones conscientes y subconscientes.

En suma, la razón histórica es también razón biográfica. Las experiencias de vida, los estudios de casos, los tipos de liderazgo, autoridad y poder, las trayectorias individuales, las vidas exitosas, las vidas fallidas (la vida como naufragio, por usar una última referencia orteguiana), todo ello nos enseña lo mismo: el hombre enfrentado a una situación concreta (que no otra cosa es, como sabemos, la vida).

(Juan Pablo Fusi, *Ideas y poder. 30 biografías del siglo XX*, Madrid, Turner, 2019, pp. 5-8.)

JEAN MONNET

Cognac, Francia, 9 de noviembre de 1888

Bazoches, Francia, 16 de marzo de 1979

“El 9 de mayo de 1950 –escribió en sus *Memorias* Konrad Adenauer (1876-1967), el canciller de la República Federal de Alemania de 1949 a 1963– fue el día más hermoso de mi vida”. La razón fue clara. Ese día el ministro de Asuntos Exteriores francés, Robert Schuman (1886-1863), hizo público en París, en el Salón del Reloj del Quai d’Orsay, la sede del Ministerio francés de Exteriores, la Declaración Schuman que anunciaba la creación de una comunidad europea, declaración aprobada previamente por el Gobierno francés (aunque antes de la reunión en que se asumió el proyecto, Schuman solo había informado al jefe del Gobierno, Georges Bidault, y a los ministros de Defensa, René Pleven, y de Justicia, René Mayer, dos europeístas convencidos).

Adenauer, que había tenido noticia del documento el mismo día 9 cuando se lo entregó como nota urgente el enviado especial de Schuman, Robert Mischlich, lo había aceptado de inmediato: “Apruebo –le dijo a Mischlich– de todo corazón su propuesta”. Menos de 24 horas después del anuncio de Schuman, Italia (Gobierno De Gasperi; Sforza, ministro de Exteriores) y enseguida Bélgica, Holanda y Luxemburgo hicieron pública igualmente su adhesión. El 20 de junio de 1950 comenzaron en París las negociaciones entre los seis países (Francia, República Federal de Alemania, Italia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo) para elaborar el tratado de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). El Tratado se firmó en París el 18 de abril de 1951. La Declaración Schuman del 9 de mayo de 1950, luego declarado Día de Europa, significó el nacimiento de lo que con el tiempo se llamaría la Unión Europea. Schuman aceptó la responsabilidad política de plantear el proyecto. El autor del mismo había sido Jean Monnet.

Contra lo que dijera Carlyle, la historia no siempre está hecha por líderes heroicos o carismáticos. Por su aspecto y su escasísimo perfil político, Monnet fue un hombre, o así lo parecía, más próximo al funcionario eficaz y discreto que al

intelectual brillante o al líder decidido y enérgico. Ambicionaba, sin embargo, un proyecto fantástico, tal vez irrealizable en su plenitud. La Comunidad Europea del Carbón y del Acero era solo un primer paso: el objetivo final era una Europa sin naciones, unos Estados Unidos de Europa. Este no era un proyecto ideado por Monnet o por los que iban a ser los grandes europeístas de los años entre 1945 y 1950, esto es, Schuman, Adenauer, De Gasperi, jefe de Gobierno italiano entre 1945 y 1953, Paul Henri Spaak, primer ministro belga entre 1947 y 1949 y ministro de Exteriores de su país en los periodos de 1954-1957 y 1961-1966, los verdaderos arquitectos, junto con Monnet, de la unidad europea. Con los precedentes filosóficos y literarios que se quieran, lo cierto es que la idea de unos Estados Unidos de Europa tomó fuerza como respuesta a la Primera Guerra Mundial, la guerra en la que murieron unos ocho millones de europeos y que provocó una profunda crisis de la conciencia europea (de la que pudieron ser expresión la publicación en el verano de 1918 de *La decadencia de Occidente*, el libro de Oswald Spengler, una de las grandes sensaciones intelectuales del momento, o la aparición entre 1924 y 1930 de por lo menos una docena de libros interesantes sobre Europa como ideal común, entre ellos *Europa: análisis espectral de un continente* del conde Keyserling). La misma segunda parte de *La rebelión de las masas* de Ortega y Gasset, que se publicó en 1930, que se titulaba significativamente “¿Quién manda en el mundo?” estaba íntegramente dedicada a la cuestión europea.

El hecho –que la idea de unidad europea apareciese como respuesta a una guerra provocada por la división de Europa en naciones (y nacionalismos)– fue extraordinariamente importante. La idea apareció, en efecto, en la década de 1920, fue barrida –literalmente– por el nacionalismo en la década de 1930 y resurgió definitivamente después de 1945, y por las mismas razones por las que había aparecido en los años veinte: como alternativa necesaria a una Europa destruida por la pasión nacionalista y por la confrontación armada entre estados nacionales. La idea, pues, no se había perdido. Como enseguida se verá, Monnet mismo –lo que aquí nos importa– había participado ya –siempre a su modo, eficaz,

discreto, en puestos significados pero sin presencia pública apreciable– en la gestión y labor de la diplomacia internacional europeísta de los años veinte.

Monnet no llegó a la diplomacia internacional por las vías esperables: estudios universitarios, ingreso en algún alto cuerpo funcional del Estado, carrera o diplomática o política. Nacido en 1888 en una familia acomodada dedicada a la producción y exportación de coñac, su experiencia y conocimiento del funcionamiento y los problemas de la política internacional –con énfasis, en su caso, en la cooperación internacional entre estados– se derivaron de su experiencia como representante de la empresa familiar (J. G. Monnet) en los mercados internacionales. Con solo dieciséis años pasó un tiempo en Londres para aprender inglés y trabajar en la City, el centro financiero internacional. Con dieciocho años viajó, para ampliar la red comercial de la empresa, por Canadá y Estados Unidos y luego, en 1914, por Rusia, Suecia y Egipto. Las redes de contactos empresariales y profesionales que entonces estableció le iban a ser, en algunos casos de forma permanente, extraordinariamente útiles [...]

(Juan Pablo Fusi: “Jean Monnet”, *Ideas y poder. 30 biografías del siglo XX*, Madrid, Turner, 2019, pp. 171-175)